

AQUELLOS INOLVIDABLES AÑOS (Capítulo II)

El canuto

Me gustaba mucho tirar bolitas de papel con canuto. Hacía cabrear mucho a la gente. Pero me cansé del papel, porque no se dirigía muy bien y no hacía daño, y empecé a tirar bolitas de chicle, por supuesto que a Rebaque no le tiraba nunca. Éstas sí que se dirigían bien y hacían daño. Además gozaba de una gran puntería, pero corría el riesgo de ganarme algún disgusto, porque cuando fallaba, y no daba donde quería, que era la cara, la bolita se podía incrustar en la cabellera del destinatario del proyectil, y eso suponía la mayoría de las veces el corte del mechón pegado a la goma de mascar, con el consiguiente enfado del herido. Tuve suerte, porque la gente muchas veces no se enteraba quién había sido el “canutista”, o por mi carácter, me pasaban la “putada” por alto, eso sí, advirtiéndome de que en caso de reincidencia, me la iba a ganar. Fácilmente, porque si hay algo de lo que no he podido alardear nunca es de fortaleza. Siempre se me ha ido la fuerza por la boca.

Me divertía mucho tirar a los tubos fluorescentes y oír el sonido del impacto en los mismos, a la vez que me admiraba de mi puntería. Otras veces decía al compañero de al lado: “mira qué cara de pelele tiene Fulano. Ya verás como se la cambio”. Canuto en boca con correspondiente proyectil. Lanzaba la bala y se iba a estrellar contra la cara del “cara de pelele”. Cambiaba de pelele a dolorido.

Pero... tanto va el cántaro a la fuente...

Es una anécdota que la recordaré toda mi vida, al igual que mis compañeros de clase. Todo el curso se enteró, yo diría que aquella anécdota corrió de boca en boca por todo el colegio.

Sucedió una tarde en la clase de repaso, que era la última. Estaba cuidándonos “el Palizas”, el profesor de matemáticas, don Herminio. Yo estaba con mi adorado canuto enfrentándome a otro chico que estaba en la otra punta de la clase, Zarzuelo, alias “el Avilés”, por ser natural de esta localidad asturiana; repetidor de curso y de lo más informal que podía haber en el colegio. Se decía que su padre era un industrial adinerado. Bueno, pues a lo que íbamos; ese día mi exhibición con el canuto debió ser el no va más, porque

atacaba y defendía como el mejor guerrillero. Esquivaba los proyectiles de Zarzuelo y los míos acertaban todos en el blanco. Qué bien me lo estaba pasando. De pronto, se abre la puerta y se introduce en la clase don Marcelo, el profesor de lenguaje. Un cachondo mental, pero que cuando te sacudía en la cara te zurcía. Parece que le estoy viendo:

– ¿Me permite usted don Herminio?–.

No esperó a la concesión del permiso. Se fue hasta el final de la clase, donde me encontraba yo; me cogió de una oreja, me levantó del asiento, me dio dos tortazos y se dispuso a contar lo ocurrido, el motivo de aquella su actitud:

–Iba yo tranquilamente a los servicios del piso de arriba, cuando, al echar una ojeada por las ventanas del pasillo veo a este señor que se tira al suelo y “tuf, tuf”. Se levanta y se vuelve a agachar y “tuf, tuf, tuf”–.

Otras dos tortas se estrellaban en mi rostro. Lo contaba como si hubiera sido él mismo el que había cometido la infracción.

– ¿A quién estaba tirando usted con el canuto?–.

–A Zarzuelo–, le dije medio llorando.

Se va a por Zarzuelo y, mientras yo pensaba lo que se le venía encima al amigo Zarzuelo, no salí de mi asombro al ver que a mi contrincante no se le medía por el mismo rasero que a mí.

–Que sea la última vez que hacen ustedes esto –, le dijo. No le tocó. No sé qué más cosas le dijo regañándole mientras abandonaba la clase despidiéndose de don Herminio.

Pero no le tocó. Yo bramaba mientras todos los compañeros de clase se tiraban por el suelo de la risa.

Fue todo un “show” para la clase... y para las otras clases, pues don Marcelo en todas contó el suceso. Durante unos días fui el blanco de muchísimos dedos índice apuntándome donde quiera que me vieran.

Fue mi primera aventura sonada. Aquí se acabaron las prácticas con el canuto. Dejé el anonimato y empecé a ser protagonista. Después vendrían aventuras de otra clase, una tras otra. Vendrían las faenas a los profesores, como la que le hicieron a don Demetrio –el profesor de Geografía –, “el Chepi”, “el Aquiles”, “el Gusano” y “el Picudo”, que así les apodábamos. Le echaron

una buena dosis de polvos de estornudar y él por más que quería no arrancaba, mientras que nuestro compañero Roberto Prieto, “el Rubichi”, que así llamábamos al que ocupaba el primer asiento de la clase, estornudaba tan estruendosamente que su estornudo valía un par de carcajadas de cada alumno. ¡Qué ratos!

Nos daba Religión el padre Melendro, nuestro padre espiritual.

Un día expulsó de clase a Redondo, por dar guerra. Éste, en vez de quedarse tranquilamente quietecito en el pasillo, sintió la curiosidad de saber lo que pasaba dentro de la clase, y se puso a mirar por debajo de la puerta, con la cabeza pegada al suelo. Pero no se conformó con mirar; se puso a hacer ruidos raros con la boca.

El Melendro le oyó; se fue hacia la puerta; la abrió y allí vio a nuestro compañero haciendo tontadas y con la cabeza como si la tuviera puesta en la vía del tren para ver si éste se aproximaba. No llegó ningún tren, pero del tortazo que le pegó el Melendro, se puede decir que Redondo descarriló. ¡A quién se le ocurre!

Una de las pocas veces que he reñido con alguien lo hice en este curso. Al anteriormente citado con el mote de “el Gusano”, no le gustaba como es natural que le llamáramos así; pues bien, se me ocurrió llamarlo, y cuando acabamos la clase fue a por mí para sacudirme, pero cuando le vi las intenciones solté el puño anticipándome a su ataque y acertándole en un ojo; ojo, que al día siguiente entró en la clase totalmente morado. Cosas de chicos.

A mí me gustaban mucho las matemáticas, se me daban muy bien. No así a la mayoría de los compañeros, que como es normal en todos los colegios, las aborrecían, lo que despertaba la ira de “el Palizas”, que decía:

–Borricos, que sois unos borricos, asnos, iros a destripar terrones a vuestro pueblo –.

Respuesta del alumnado: cachondeo general.

Carlos Valentín Gil